

XXI Congreso de la Internacional Socialista

París, 8-10 noviembre 1999

Discurso de

LUIS ALFREDO SALOMÃO

Secretario Internacional del Partido Democrático Laborista, Brasil

Verificar con la versión oral

LA INTERNACIONAL SOCIALISTA Y EL PASAJE AL SIGLO XXI

Discurso del Secretario de Relaciones Internacionales
del PDT -Brasil- Luiz Alfredo Salomão.
París - 8 de noviembre de 1999.

1. ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Desde la 1ª Internacional - abierta con un discurso moderado de Karl Marx en septiembre de 1864 - el movimiento socialista, socialdemócrata y laborista nunca alcanzó un grado de unión capaz de ofrecer propuestas ideológicamente homogéneas, aceptadas por todos sus afiliados y aplicables a todos los países.

Abrigando en su seno diversas corrientes políticas - Blanquistas, Proudhonistas, Chartistas, Owenistas y revolucionarios nacionalistas de varios países - y a veces antagónicos como los anarquistas, la 1ª Internacional no fué adelante justamente por la falta de claridad ideológica del movimiento socialista en lo referente al enfrentamiento del Capitalismo.

La falta de receptividad a las teorías marxistas en los círculos intelectuales y políticos de la izquierda inglesa y norteamericana y el temor provocado por algunos sectores así llamados de socialistas debido a sus métodos violentos, causaron el naufragio de los esfuerzos de la 1ª Internacional (1876) para penetrar en los EEUU, donde el capitalismo florecía más que en cualquier otro país del mundo.

Hubo tratativas de resucitarla al final de la década de 1880, transcurridas también en un ambiente muy dividido, especialmente entre los socialistas franceses, que discordaban particularmente sobre la retórica revolucionaria marxista de Jules Guesde, que se oponía al "posibilismo" pragmático del dirigente Paul Brousse en materia de reformas y del papel que el Estado debería ejercer en la vida social.

En medio de estas disputas las dos tendencias rivales decidieron, cada una por su lado, hacer un congreso para lanzar la Segunda Internacional en París el 14 de Julio de 1889, conmemorando el Centenario de la Revolución Francesa. La reunión más importante fué la Guesdista, a la que comparecieron los principales liderazgos franceses, alemanes, austríacos y rusos así como otros, y que eligió a Liebknecht y Edouard Vaillant copresidentes.

Enseguida surgirían profundas divergencias políticas, tanto a través del choque con los anarquistas - que vendrían a ser expulsados en 1896 - como con el Revisionismo de Eduard Bernstein, que proponía la crítica al marxismo y la aceptación de una teoría evolucionista según la cual el Socialismo "era deseable pero no inevitable", como propugnaba el determinismo histórico-económico de los marxistas.

Bernstein fué derrotado por Kautsky, que contó con el apoyo de Bebel y otros dirigentes más ortodoxos del SPD, pero sus ideas vendrían a germinar años después. Las mismas tenían cierta proximidad con las tesis de los socialistas Fabianos, que tenían serias divergencias con el colectivismo y el movimiento obrero inglés.

También en Francia Jean Jaurès enfrentaba dificultades políticas con la ortodoxia de lo que sería mas adelante la SFIO (Section Française de l'Internationale Ouvrière). Jules Guesde se alió al SPD para atacar las ideas revisionistas y combatir la línea de acción de Jaurès y la participación de los socialistas en ministerios de gobiernos conservadores.

Tales divergencias hacia el fin del siglo pasado e inicio del actual se agravarían con la proximidad de la guerra. A pesar de varias decisiones de la Segunda Internacional contrarias al conflicto armado y recomendando a los parlamentarios socialistas a no votar a favor de los créditos de guerra, lo que se vió fué la participación conciente de la mayoría en las votaciones y en el esfuerzo bélico. Con eso, en la práctica la Segunda Internacional se disolvió e hibernó hasta el principio de los años 50.

La recreación de la IS en el Congreso de Frankfurt, compuesta en esencia por los partidos europeos, sucedió durante el comienzo de la Guerra Fría. La necesidad de protección contra el expansionismo soviético, las facilidades del Plan Marshall, la fuerte presencia militar norteamericana y su paraguas antiatómico, fueron decisivos para forjar la nueva visión que tenía del mundo la socialdemocracia europea.

Los años dorados de la posguerra, con la reconstrucción económica de Europa junto al desarrollo de las instituciones del Welfare State, permitieron la convivencia relativamente pacífica de socialistas, socialdemócratas y laboristas con los conservadores de diversos matices que se alternaban en el poder, siempre bajo la égida del Capitalismo "humanizado" por las ideas y luchas socialistas, como observó Kenneth Gailbraith.

Es evidente que este proceso de humanización no siempre fué pacífico en términos del movimiento social, debiendo destacarse la lucha de los sindicatos y de otras organizaciones obreras en la mejoría de los modelos de consumo y de las condiciones de vida, en compartir los aumentos de productividad, expandiendo el mercado y salvando el Capitalismo de muchas de sus crisis. Muchas veces esto costó la pérdida de la libertad, sacrificios y hasta la vida de militantes sindicales y del movimiento social.

Hasta el principio de la década del 70 y de la crisis capitalista, el paradigma "fordista" del desarrollo funcionaba casi tan bien en Europa como en Estados Unidos, mientras que el desempeño del Japón y algunos otros países en desarrollo lo superaba. Pero la Izquierda a pesar de eso se mantuvo inmobilizada delante de la crisis, mientras que los neoliberales, después de 30 a 40 años de elucubraciones teóricas y en el ostracismo, conseguían asumir el poder e introducir sus reformas en muchos países importantes de todos los puntos del planeta, particularmente en el Occidente.

Algunas de estas reformas deberían haber sido hechas por la propia Izquierda cuando estuvo en el poder y no lo hizo, como las que se destinaban a adaptar las instituciones del welfare state a los cambios ocurridos en el mundo del trabajo, así como democratizar las empresas públicas, que se habían vuelto víctimas cautivas de intereses privados y corporativos. Y otras que correspondían a la ideología neoliberal, como la desreglamentación general de los mercados, notablemente el financiero y de capitales, y de las relaciones capital-trabajo, fundamentales para la expansión internacional del Capital.

El hecho es que durante el último cuarto del siglo XX los neoliberales consiguieron la hegemonía política y dieron lo que Antonio Gramsci llamó "dirección moral e intelectual" de la sociedad. Influenciaron profundamente el pensamiento contemporáneo, poniendo a la mayoría de los formadores de opinión a su servicio, así como los medios de comunicación y gran parte de los liderazgos académicos y empresariales. En este siglo, la fuerza del "maremoto ideológico" neoliberal encuentra paralelo únicamente en el torrente del nazifacismo, cincuenta años atrás.

Las posiciones de las diversas corrientes políticas socialistas, socialdemócratas y laboristas con referencia a todo eso que sucedió en los últimos 30 años son necesariamente diferentes y dispares. Cada partido socialista o laborista de cada país vió suceder este proceso y sintió sus consecuencias de modo específico. Muchos fueron tolerantes. Algunos asimilaron parte de la ideología neoliberal. La mayoría, sin embargo, resistió...

2. UNIDAD EN LA DISPARIDAD

Si durante el periodo en que la Internacional Socialista era más europea - y por lo tanto más homogénea - hubo tantas disensiones político e ideológicas, lo más natural es que ahora que hay más de 150 partidos que representan casi tantas naciones como las que integran las Naciones Unidas, las convergencias sean más raras y difíciles en el ámbito de nuestra organización.

Eso es particularmente penoso en el caso de las posiciones de los miembros de la Internacional Socialista con referencia a la llamada Globalización y sus consecuencias sobre la vida de las personas, sobre la organización social y sobre el papel del Estado-Nación en un nuevo paradigma de las relaciones internacionales.

La Comisión Progreso Global, liderada por el compañero Felipe González, buscó establecer un consenso en torno de lo inevitable de la integración de los mercados y de la necesidad de aceptar los "riesgos y oportunidades que la Globalización ofrece", tratando de explotarlos de la mejor manera posible.

4

De cierta forma, la dirección de la Comisión considera que las transformaciones que figuran en la agenda de muchos países, en materia de liberalización y desreglamentación son realmente deseables, y que tenemos que cuidar solo de los temas como Educación, Identidad Cultural, Medioambiente, etc.

Bueno, esa visión se ajusta a la historia reciente del capitalismo en la Unión Europea y particularmente en España, que se pudieron aprovechar del proceso reciente de expansión del comercio internacional de bienes y servicios, en especial a través de compañías transnacionales, y de la explosión de las transacciones financieras en todo el mundo gracias a la liberalización del movimiento de capitales que ocupó el planeta.

Pero, ¿como será que esos países enfrentarían la crisis de acumulación actual del Capitalismo - con su falta crónica de demanda agregada en las economías desarrolladas y la dificultad de ampliar la producción de bienes y servicios - sin la apertura comercial y la desreglamentación cambial y financiera de los mercados emergentes, que permitan la libre circulación del capital sobreabundante desde la esfera productiva hacia la especulación financiera?

¿Como enfrentar la desocupación crónica en España, Francia y Portugal sin expandir las actividades de la Telefónica, de la Iberdrola, de la PortugalTelecom, de la Generale des Eaux y de la EDF y otras multinacionales europeas -privadas y estatales- en América Latina, privatizando empresas locales y recolonizando el continente?

Sucede que tales visiones pasadas por la Comisión González, favorables a las soluciones de mercado y nitidamente adversas a un papel mas activo del Estado como agente productor, no son compartidas por la Izquierda de muchos países, ni talvez por la mayoría numérica de los partidos miembros.

Con el debido respeto a la calidad del trabajo hecho por la Comisión Progreso Global, es preciso decir que en varias partes del globo todavía no existe una clase empresarial madura y emprendedora que pueda organizar mercados operacionalmente eficientes, en el sentido de distribuir los factores de producción y de generar beneficios para los ciudadanos consumidores. Muchas veces la presencia del Estado como productor es una condición *sine qua non* para la misma existencia del mercado, aunque sea embrionario.

Por otro lado, la tesis defendida por casi toda la socialdemocracia europea de un Estado que se restrinja a intervenir en el dominio económico solo como agente regulador, es absolutamente falsa e ilusoria para los países en desarrollo del Tercer Mundo. En estos, el Poder Judicial es frágil y los órganos estatales a cargo de regular la competición y las buenas prácticas mercadológicas no tienen capacidad para enfrentar el poderío económico de las multinacionales, ni para resistir a las presiones políticas o a las maniobras corruptoras.

Además estamos observando, paralelamente a la debilitación del Estado como agente de producción, el retroceso económico y financiero de los países periféricos en el proceso de Globalización. En América Latina esto es patente.

La vulnerabilidad externa (medida como la relación entre los pasivos externos líquidos y las exportaciones, o el PIB, de cada país) latinoamericana, creció considerablemente después de la apertura comercial y la liberalización financiera y de las inversiones regionales, como muestra el Relatorio "Trade and Development Report-1999" de la UNCTAD.

Esto se traduce en el considerable aumento del endeudamiento externo, del control de los activos productivos por inversores con residencia fuera del país, en el aumento explosivo del déficit comercial y, mayor todavía, de las transacciones corrientes... en fin, por el enflaquecimiento de los países latinoamericanos frente a la banca internacional, a las agencias multilaterales (FMI, BIRD etc) y a los países acreedores desarrollados.

En su último encuentro de Bogotá, el SICLAC discutió en detalle estas cuestiones, lo que explica por qué solamente los partidos chilenos y quizás los costarriqueños tengan simpatía por las tesis de la Comisión Progreso Global. Al final esos países, que no poseen grandes y diversificadas infraestructuras industriales y de servicios, se especializaron en unos pocos y bien definidos nichos del mercado internacional y se sienten vencedores del proceso de globalización.

Sin embargo, tal posición no es coherente con las legítimas aspiraciones de otros países que con mucho sacrificio de sus pueblos, consiguieron crear sus propias estructuras industrial y de servicio, que la Globalización tiende a destruir o, en el mejor de los casos, subordinarlas a los intereses de los países pos-industriales.

Nosotros, del Partido Democrático Trabalhista del Brasil, que nos originamos en el movimiento de organización de los trabajadores ocurrido a partir de la Revolución de 1930, sob el liderazgo de Getúlio Vargas, por ejemplo, no podemos aceptar las políticas públicas que el gobierno brasileño está practicando en nombre de la Globalización y de la seudomodernización del país.

Sería una traición a nuestro pueblo si estuviéramos de acuerdo en desnacionalizar nuestra economía — que há doblado en los ultimos 5 años — aumentando nuestra dependencia externa, destruyendo millares de empleos industriales y del sector agropecuario, y concentrando aún más la renta y la riqueza. El futuro de nuestra juventud está comprometido, porque no hay perspectivas para realizar los sueños de vida, aunque sea los mas modestos, cuando lo que prevalece encima de todo es la lógica del mercado.

Mantenemos nuestra tradición nacionalista y nuestra visión de que el Estado, en Brasil y en otros países en desarrollo, aún tiene que desempeñar un papel fundamental en el proceso de promoción del desarrollo. Entre paréntesis, eso es lo que hacen también los países desarrollados, pues nadie supera a los norteamericanos, europeos occidentales y japoneses en materia de nacionalismo. A veces se precisa apelar a acciones coercitivas para moderar sus expresiones y movimientos xenofóbicos.

Basándonos en el reconocimiento de esta diversidad de posiciones político ideológicas, debemos buscar en los valores originales de la Internacional Socialista - que desde el fin del Siglo XIX son cultivados por socialistas, socialdemócratas y laboristas de todos los matices - con las adaptaciones exigidas por los tiempos en que vivimos, a la entrada del Tercer Milenio, los factores de nuestra unidad para la constitución de una agenda común y viable.

Tales valores generales son la busca incesante de Justicia Social, y la valoración de la Libertad, la Ciudadanía y la Democracia, como requisitos fundamentales a la realización del Ser Humano, así como la práctica de la Solidaridad, incluso y especialmente en el plano internacional.

3. UNA AGENDA DE LA IS PARA EL SIGLO XXI

La propia Comisión Progreso Global puso de manifiesto en algunas de sus importantes discusiones una serie de temas y de estrategias que tendrían que constar de la preocupación de los socialistas del mundo entero.

Para los socialistas, el Siglo XXI tiene que ser el periodo de la gran redistribución del Poder, de la Riqueza y de la Renta en todo el mundo. Como prerequisite, eso presupone un avance mayor todavía de la democracia política, a través de la participación popular general en los procesos de decisión política y de gobierno a todos los niveles, de la transparencia de las políticas públicas y de la rendición de cuentas sobre el empleo del dinero público. La "accountability" y la responsabilidad fiscal de los gobernantes tienen que ser metas de los socialistas, como forma de involucrar al pueblo en los negocios del Estado y, por consiguiente, en la Política.

La realización de la República y la llevada a efecto de la ciudadanía son cuestiones centrales no solo para los países menos desarrollados del Tercer Mundo, pero también para las democracias europeas y norteamericanas.

Allí también hay enormes contingentes que muestran una participación democrática meramente formal, en ocasión de elecciones o consultas populares e inclusive con un enorme grado de abstención donde el voto es facultativo, como demostraron las últimas elecciones para el Parlamento Europeo. Superar el desinterés por la política es un factor fundamental para la construcción de la ciudadanía republicana y socialista.

Evidentemente, el primer requisito para un efectivo proceso de alistamiento del ciudadano en la polis es un razonable grado de educación y de conciencia crítica. Si esto ya fué alcanzado a un nivel satisfactorio en muchas sociedades ricas de Europa Occidental, parte de Asia y de América del Norte, está en contrapartida bien distante del horizonte de los jóvenes ciudadanos de las comunidades mas carentes de los mismos continentes, y peor todavía de África y América Latina.

Educación debe ser la bandera prioritaria de los socialistas, estableciéndose como meta de las dos primeras décadas del próximo siglo: erradicar el analfabetismo en la población

mundial, y establecer como mínimo 10 años de escolaridad para todos los ciudadanos que nazcan a partir del año 2.000.

Esas metas son factibles con los actuales niveles de renta que genera el mundo, siempre que se torne una prioridad verdadera para todos los gobiernos de todos los países. No basta que las Naciones Unidas promuevan una campaña o que la Unesco proclame esta o aquella consigna.

Es preciso definir para cada país políticas públicas que abarquen: la formación de profesores calificados, adecuado material pedagógico, garantía de acceso concreto a la escuela para los alumnos de áreas rurales, alimentación nutritiva, empleo de los medios de comunicación de masa, reciclado profesional y educación continua. Claro que debe haber una preocupación especial con referencia a la educación de las mujeres, como manera de combatir las diversas formas de discriminación por género.

Tales programas pasarían a ser banderas fundamentales de la lucha política de los partidos socialistas y una expresión concreta del solidarismo internacional.

El desarrollo científico y tecnológico es otra cuestión fundamental para los socialistas pues son sus resultados los que permiten aumentar la productividad y distribuir sus frutos entre los trabajadores. Los gobiernos de los países desarrollados, inclusive cuando ocupados por partidos de izquierda, se vienen revelando favorables a mantener las instituciones de propiedad intelectual e industrial que preservan la estructura de dominación de esos países.

Referente a la agenda económica, el XX Congreso de Nueva York ya definió una serie de reformas por la cuales deben luchar los socialistas. Falta únicamente que los partidos miembros de la IS, cuando estén en el poder, usen su representatividad para hacer presión sobre las instancias de decisión del FMI, del Banco Mundial, de la ONU y de la OMC para que realicen las reformas preconizadas.

Lo que se viene observando es un inmovilismo y una tal apatía con relación a aquellos compromisos, que se llega a dudar de la sinceridad de los mismos, si no comprendiésemos la inhibición de los partidos miembros frente a nuestra falta de unidad y a la monolítica defensa de los perfiles actuales conservadores de estas instituciones, hecha por los gobiernos conservadores y las tecnoburocracias de las agencias multilaterales.

Finalmente, después de 110 años de la fundación de la Segunda Internacional Socialista, durante el Siglo XX - que Hobsbawm consideró breve pero muy conturbado, como ninguno de los precedentes - podemos observar que todavía no conseguimos crear instituciones verdadera y típicamente socialistas.

Hasta ahora la evolución del Capitalismo nos obligó a crear defensas, resistencias y adaptaciones para que sus fuerzas avasalladoras no aplasten a los trabajadores y profunden las injusticias. Esperemos que en el próximo siglo seamos capaces, más unidos, de avanzar en el sentido de crear sociedades más justas, igualitarias y solidarias.